

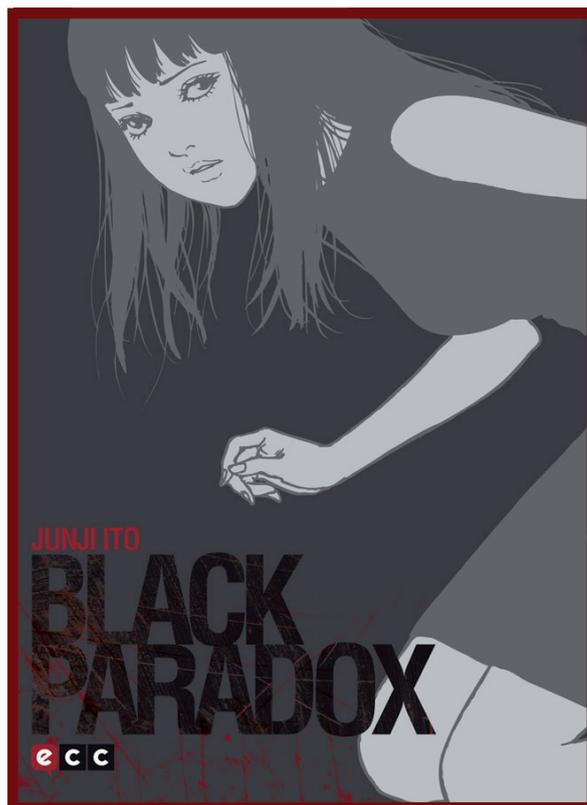
---

# Black Paradox

JUNJI ITO

ECC, 2014

**E**L cosmos no nos debe nada, ni siquiera para mal; el sentido de la existencia es un producto humano, la quimera interesada de seres que no son capaces de vivir en el mundo pensando que carecen de un destino especial reservado para sí mismos más allá del hecho mismo de estar vivos. Al fin y al cabo, creer lo contrario, que no existe ninguna razón particular para haber nacido, nos situaría en la más incómoda de las posiciones posibles: somos un accidente cósmico, animales perdidos inconscientes de su destino, apenas si ganado que no tienen fundamento alguno para existir en el mundo. O peor aún que el ganado. Los humanos, en tanto seres conscientes, hemos creado toda una serie de condiciones de utilidad a partir de las cuales damos uso a los animales —como mascotas, como ganado, como entretenimiento o como mero objeto de exotismo—, dotando de sentido a su existencia, por débil o dependiente de nosotros que esta sea. Si que estemos aquí es objeto del puro azar, si nada cambiaría si no hubiéramos nacido, ¿qué sentido tiene la vida? ¿Por qué es mejor ser que no ser?



Aunque es la pregunta más antigua del mundo, aquella con la que toda persona se ha despertado en mitad de la noche rondándole la cabeza independientemente de su situación vital, no es plato de gusto de nadie pensar si nuestra existencia es un mero tropiezo antes de la muerte o existe alguna razón suficiente por la que estar vivos. La pregunta es el trauma de haber nacido. Partiendo de esa pregunta, Junji Ito nos sumerge desde la primera página en la consecuencia práctica más brutal de no encontrar respuesta al sentido de la existencia: el suicidio. Si la vida carece de sentido, solo nos queda el suicidio. Eso piensan los protagonistas de *Black Paradox*, los cuales quedan de forma anónima en una web de suicidas para emprender un último viaje hacia la nada; o, al menos, lo que ellos creen que es un viaje hacia la nada, pues los caminos del narrador son inescrutables.

Siendo un cómic de Junji Ito, famoso por seguir el legado del extraño H. P. Lovecraft introduciendo variaciones propias del terror contemporáneo —del cine americano, específicamente, con querencia particular por la lógica desnortada del género *slasher*— y de la mitología clásica japonesa, lo último que podían encontrar sus protagonistas al (intentar) quitarse la vida es la paz o la nada. Siempre hay algo detrás de aquello que podemos presenciar. En este caso nos encontramos con que el sinsentido de la existencia puede no ser tal cuando la biología apremia, cuando morir acompañado importa más que simplemente morir, o cuando descubrimos que quizás sí haya algo más allá de la vida, incluso cuando el reino de los muertos sea algo que se escape a nuestra comprensión. En ese sentido, Ito es un rey del *cliffhanger*: siempre hay



un giro narrativo o emocional por llegar, no cambiándolo todo, sino dando respuesta como método para plantear nuevas preguntas. Introduce robots, resucitados, vómitos paranormales, puertas interdimensionales y fuentes de energía espirituales para hilar una historia oscura, extraña más allá del canon de lo que hablamos cuando decimos “extraño”, donde el sentido último de todo acontecimiento está más allá de la comprensión humana. Como en el caso del maestro Lovecraft, hay cosas que es mejor que el ser humano nunca conozca; a diferencia del aprendiz Lovecraft, el hombre es el único mal endémico para el hombre.

El dibujo sigue esa doble línea lógica, la del sinsentido y la de lo lovecraftiano, abusando de los tramados y los contrastes que producen el blanco y negro para crear una constante sensación de opresión. Los dibujos recargados, putrefactos, por no nombrar las anatomías imposibles o directamente en descomposición, contrastan de forma notoria con la sencillez del trazo, más próxima a la parodia casi infantil de Kazuo Umezu antes que al expresionismo realista de Suehiro Maruo. En ese choque de estilos es donde se conjugan a la perfección forma y fondo. Cuando las cosas se mantienen bajo control el dibujo es sencillo, rozando la caricatura manga, pero cuando el sinsentido se apodera del mundo y la narración deja ver su entramado de terror, entonces el dibujo se sobrecarga hasta convertirse en una mirada directa al infierno.

O más que al infierno, al más allá. La historia en ningún momento se sale de las coordenadas que marca en el primer capítulo, aunque en ocasiones pueda parecer lo contrario: la vida, la muerte y el doppelgänger como augurio —viéndose aquí otra de sus grandes influencias, E. T. A. Hoffmann— son las grandes constantes simbólicas de la historia. Nada escapa de ellas, enredan los cuerpos moribundos de todos aquellos que intentan escapar de la vida, porque es imposible salirse fuera del ciclo de la existencia. O de la narración misma.

A nadie debería sorprender que, dado el tipo de historia que es, la lógica interna de los relatos de Junji Ito siempre esté dos pasos por delante del lector, el cual se encuentra en el mismo estado de indefensión que los protagonistas. No comprende lo que está ocurriendo, porque esa información le es vetada.

Incluso cuando intercede y se interesa por aclarar el origen de lo que ocurre, dejando meridianamente claro el porqué de los acontecimientos —como es, relativamente, el caso del trabajo que nos ocupa o *Gyo*, a diferencia del más lovecraftiano *Uzumaki*—, siempre se guarda un silencio oscuro que nos hace pensar que existe algo que nos hemos perdido por el camino. Lo cual es intencionado. Cuando nos adentramos en el mundo de Ito lo hacemos aun a costa de saber que saldremos descompuestos, con la carne y los nervios y los músculos y los huesos licuados por una fuerza sobrenatural de más allá de nuestra realidad que nos resulta imposible de controlar o comprender; incluso al descubrimos lo que existe más allá, las consecuencias del descubrimiento de la realidad subyacente al mundo, se guarda para sí la posibilidad de dotar de comprensión última a los acontecimientos. No existe respuesta al “¿Por qué...?” de la existencia. Aceptar el juego de Junji Ito es aceptar que no se saldrá indemne de él, que es como despertarse en mitad de la noche entre sudores fríos conscientes de que un día moriremos: nosotros tenemos que buscar la respuesta, elucubrar nuestras propias interpretaciones, encontrar el sentido particular de nuestra existencia dada la hostilidad aleatoria del cosmos.



La paradoja negra no es solo el grupo de cuatro personas que buscan viajar al más allá desde la primera página, sino todo el sentido que subyace detrás del manga homónimo. ¿Sería la humanidad capaz de arriesgarse a su propia extinción si con ello consiguiera un recurso prodigioso que le hiciera dar un gran salto hacia el futuro? La respuesta es evidente: lo hacemos todos los días, porque el mal último está personificado en la aleatoriedad del universo y en la inconsciencia de la humanidad.

ÁLVARO ARBONÉS